Vicente Quirarte

El laurel invisible

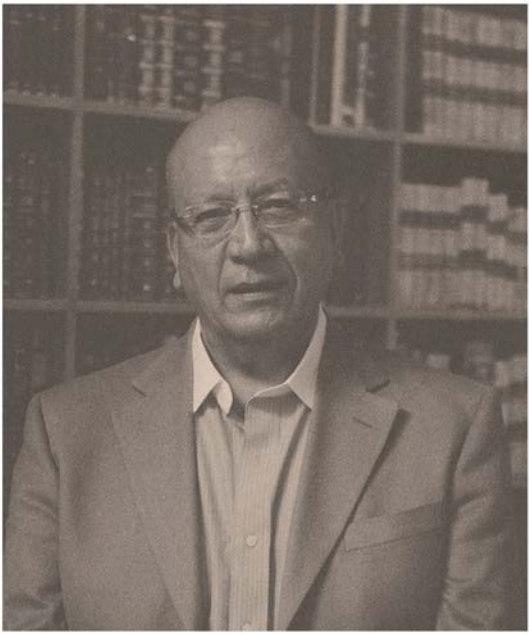
discurso de ingreso

Eduardo Matos Moctezuma

respuesta

El Colegio Nacional

EL LAUREL INVISIBLE



Vicente Quirarte

Vicente Quirarte

EL LAUREL INVISIBLE

DISCURSO DE INGRESO
(3 de marzo de 2016)

SALUTACIÓN
Manuel Peimbert Sierra

RESPUESTA
Eduardo Matos Moctezuma

EL COLEGIO NACIONAL
México, 2016

PQ7171
Q85 2016
Quirarte, Vicente, 1954-
El laurel invisible. Discurso de ingreso, 3 de marzo de 2016 / Vicente Quirarte; Manuel Peimbert Sierra, salutación; Eduardo Matos Moctezuma, respuesta. — Primera edición. — México: El Colegio Nacional, 2016
72 páginas: fotografía blanco y negro; 17.5 centímetros.
ISBN: 978-607-724-154-6

1. Poetas mexicanos — Siglo XX. I. Peimbert Sierra, Manuel, 1941-, salutación. II. Matos Moctezuma, Eduardo, 1940-, respuesta. III. Discurso de ingreso. IV. El Colegio Nacional.

Primera edición: 2016

D. R. © 2016. El Colegio Nacional
Luis González Obregón 23, Centro Histórico
C. P. 06020, Ciudad de México
Teléfonos: 5789 4330 • 5702 1878

ISBN: 978-607-724-154-6

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

Correos electrónicos:
publicaciones@colnal.mx
editorial@colnal.mx
contacto@colnal.mx
www.colnal.mx

PALABRAS DE SALUTACIÓN

Manuel Peimbert Sierra

En esta ocasión estamos reunidos para dar la bienvenida a El Colegio Nacional al doctor Vicente Quirarte. Me acompaña en la mesa el doctor Eduardo Matos Moctezuma, quien dará respuesta a su discurso de ingreso.

Los intereses del doctor Vicente Quirarte siempre han tenido que ver con la palabra. Su obra comprende la poesía y el ensayo, la narrativa y el teatro, el periodismo y la docencia. En todas estas disciplinas ha ofrecido miradas profundas y académicas, muchas veces en contra de los horizontes comunes, y otras tantas abordadas con tal entusiasmo y divertimento que han acercado al público lector a temas de alto rango.

Especialista en la literatura de los siglos XIX y XX, el doctor Quirarte es también un estudioso de la historia de México y conocedor de héroes y poetas. Baste mencionar las antologías mayores que ha preparado sobre Ignacio Manuel Altamirano, Guillermo Prieto y Francisco Zarco, los escritos dedicados a Benito Juárez y Justo Sierra, y las conferencias y clases que ha dictado sobre los Contemporáneos y los poetas modernistas mexicanos. Es también director de la colección Al Siglo XIX. Ida y Regreso, editada por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) que cuenta con sesenta volúmenes a la fecha sobre diferentes aspectos de esa centuria. Es autor de 64 libros y 150 artículos especializados, así como de 95 capítulos en diversas obras. Fue director del *Periódico de Poesía* y fundador de la colección de poesía El Ala del Tigre de la UNAM, que alcanzó más de cien títulos.

Vicente Quirarte es miembro numerario de la Academia Mexicana de la Lengua

(AML) desde 2003 y ha recibido un gran número de reconocimientos, entre los que destacan el Premio Nacional de Poesía Joven de México Elías Nandino (1979), por *Vencer a la blancura;* el Premio Nacional de Ensayo Literario José Revueltas (1990), por *El azogue y la granada: Gilberto Owen en su discurso amoroso;* el Premio Xavier Villaurrutia (1991), por *El ángel es vampiro;* el Premio Sergio Magaña (2000), y el Premio Iberoamericano de Poesía Ramón López Velarde (2011).

De su trabajo como poeta, Hugo Gutiérrez Vega ha dicho que Vicente Quirarte "demuestra que la poesía es un género literario que brota de las entrañas y circula por los más recónditos parajes del misterio humano"; pero me gustaría cerrar esta presentación con lo que escribió Rubén Bonifaz Nuño sobre su narrativa:

> Allí aparece el heroísmo elevado del combate; el humilde heroísmo cotidiano; las puertas misteriosas del erotismo que da forma y aniquila,

la pobreza, la fatiga, la desesperanza, la vidente carga sensual de la vida, la muerte como amenaza de la destrucción para lo inmediato. La multiplicidad de los recursos y los niveles construyen y enriquecen su estilo, siempre claro y preciso: el diálogo, el monólogo, la reflexión solitaria, el género epistolar, las distintas personas gramaticales para el narrador, se suceden y se combinan de un continuo aumentando su interés que en ningún caso disminuye y que se puebla a cada paso de nuevos sentidos.

En este día el doctor Quirarte viene a sumarse a la lista de ilustres literatos que han formado y forman parte de esta institución.

EL LAUREL INVISIBLE

Vicente Quirarte

I

La más elemental y renovada forma de celebrar los favores del mundo o la integridad humana puede contenerse en una sola palabra, espontánea, plural y obligatoria: Gracias. Expreso mi gratitud a El Colegio Nacional por considerar que mis capacidades puedan contribuir a los trabajos desarrollados por esta noble institución cuyo adjetivo es sustantivo y lo confirma parte esencial de México.

Gracias a quienes inicialmente propusieron este ingreso: Miguel León-Portilla, Ruy Pérez Tamayo, Manuel Peimbert Sierra, Eduardo Matos Moctezuma, Diego Valadés. A todos ellos me unen lazos de afecto

y admiración por su trabajo en defensa de la lengua como uno de nuestros más altos patrimonios; por encontrar senderos para aliviar al prójimo; por hermanar la ética y la estética en el diario combate por la vida, ya en el espacio donde palpitan las estrellas, ya en las entrañas del planeta. Mi especial reconocimiento al centinela del Templo Mayor, por su respuesta a mis palabras.

Ser parte de El Colegio Nacional, según la sabia observación de Pablo Rudomin, no significa el fin del camino sino apenas su principio. Quien contribuye a fortalecer el conocimiento sabe que la página escrita mañana o el futuro hallazgo en el laboratorio aspiran a tener menos imperfecciones que los descubrimientos de ayer. Los ritmos de la creación y la investigación en cada uno son diferentes e imprevistos, pero el pensador auténtico sabe que la tarea no termina y está siempre postergada. Concluido un deber, nos espera el estímulo del siguiente: es preciso construir toda la

casa con la misma precisión del albañil al levantar un muro. Lo dijo Agustín Yáñez, también ilustre miembro de esta corporación: "Cuando escribo coloco ladrillo sobre ladrillo, frase sobre frase, párrafo a párrafo, capítulo a capítulo, sólidamente".

Doble honor estar en el sitio ocupado apenas ayer por Rubén Bonifaz Nuño y José Emilio Pacheco, maestros tan próximos, hermanos mayores en todos los sentidos. Estar en el mismo sitio, sí; sustituirlos, nunca. Ambos son excepcionales seres de creación, modelos para el porvenir. Dotaron a México de una dimensión universal. Desconfiaron de las palabras y las templaron en la hoguera del rigor y la belleza. De modo natural creyeron en la verdad y la justicia. Por todas esas razones su pensamiento permite seguir hablando con ellos, aprender de su lección generativa, inagotable.

En el artículo segundo de su decreto de creación, puede leerse que uno de los propósitos de El Colegio Nacional es "fortalecer la conciencia de la nación". ¿Cómo

pueden contribuir la poesía y el poeta a esta finalidad práctica? Alí Chumacero dejó claro que los poetas "no son ciudadanos recomendables para disponer de algo más que de su propia conciencia". Pero el joven que a los veintidós años publicó *Páramo de sueños* era consciente de que la rebeldía y la inconformidad son inicio obligatorio para que el trabajo invisible y constante del poeta sea tan vital y exigente como el del médico y el abogado.

"Fortalecer la conciencia de la nación." Se fija y se mantiene ardiente la llama de un país cuando sus integrantes la animan con la provocación y el cambio. El pensamiento crítico es incómodo para el Gran Hermano, y no hay obra de arte ni hallazgo científico sin perturbación. A lo largo de la historia de El Colegio Nacional y en su divisa "Libertad por el saber" se demuestra el poder del discurso de las letras sobre el discurso de las armas. Más idealmente, las armas y las letras concertadas en un solo, invencible argumento.

Rubén y José Emilio honran al Colegio y honran al país que los vio nacer. Solicito la venia de El Colegio Nacional para desarrollar cursos que analicen los trabajos y los días de ambos autores. Igualmente para dedicar otra parte de mis tareas a nuestra renaciente Ciudad de México. La ciudad que lleva en su nombre las seis letras no repetidas y siempre pronunciables del país que somos; la ciudad como máquina del tiempo donde mejor pueden examinarse los caminos paralelos y divergentes de la historia y la literatura; la ciudad como gran acumuladora de vidas más reales por ser imaginadas; la ciudad como mujer nutricia o devoradora; la ciudad en sus mujeres, desde la muchacha que rumbo al trabajo emprende su gesta cotidiana hasta la mujer dormida que conserva el nombre otorgado por los primeros mexicanos; la ciudad y sus imágenes, desde las pintadas por tlacuilos sobre papel amate hasta su actuación cinematográfica en la Época de Oro; la ciudad de la gran década

nacional, cuando sus hombres de leyes, armas y letras cimentaron nuestro nacionalismo, nuestra existencia soberana.

La ciudad y sus poetas, con las escrituras que consuman la epifanía. Poeta no es solamente el hacedor de versos, sino quien consagra su energía a perpetuar la iluminación del instante o a levantar edificios verbales inmunes al paso de los años: Carlos Fuentes al celebrar en varias de sus páginas la diaria ceremonia del amanecer en la infame y milagrosa región más transparente; Fernando del Paso al dar testimonio de la polifonía urbana a través del mendigo que camina las calles en compañía de su perro; Gonzalo Celorio, autor de la afortunada metáfora *ciudad de papel* para todos quienes han contribuido a edificarla con palabras; Vicente Leñero al observar la luz que se apaga tras la jornada laboral de su vecino, o la ventana iluminada de Sor Juana Inés de la Cruz en el convento de San Jerónimo, evocada por Genaro Estrada en breve y perfecta prosa;

la lectura de las azoteas emprendida por Valeria Luiselli; Ignacio Solares al hacer la odisea de quien prefiere imaginar la ciudad prohibida antes que destruir su sueño; Eusebio Ruvalcaba, que en su taller de reclusos encuentra otras formas de escribir la palabra *libertad;* la fascinación y el terror del personaje adolescente de José de la Colina a punto de recibir la zarpa de la pantera; la pesca que Cristina Pacheco hace en el mar de historias de una ciudad que todas las contiene; la pasión inteligente de Ignacio Padilla al hacer la relación fragmentaria y puntual del terremoto de 1985; Bernardo Esquinca al develar con su prosa hechicera rincones ignorados de la ciudad fantasma.

II

Historiador mayúsculo de nuestras letras, José Luis Martínez dedica el último capítulo de su libro *La expresión nacional. Le-*

tras mexicanas del siglo XIX a enumerar los trabajos pendientes para su mejor conocimiento. El ensayo está fechado en 1950, cuando el humanista en ciernes tenía 32 años de edad. De entonces a la fecha numerosas son las obras llevadas a cabo de manera individual y colectiva, cuyo objeto es llenar esos vacíos. Digna de mención es la *Enciclopedia de la literatura en México,* sostenida fundamentalmente por jóvenes menores de treinta años desde la Fundación para las Letras Mexicanas.

Esta lección inaugural es una hipótesis de trabajo, y demanda futuro desarrollo: un viaje al país de los años verdes, donde todo se decide, con atisbos a otro dominio más lejano en el tiempo y el espacio: el de la infancia donde la alquimia es aún más sutil pero sus consecuencias, definitivas. Un viaje cada día más lejano y paradójicamente más próximo. Imágenes pretéritas vuelven impetuosas a tocar a la puerta, a recordar la necesidad de ser otra vez "la frente limpia y bárbara del niño" o

un adolescente "sin Baudelaire, sin rima y sin olfato".

En su memorable discurso de ingreso a El Colegio Nacional, Juan Villoro concluyó con la caminata nocturna de Ramón López Velarde por estas calles del centro. El jerezano fue el primero en reivindicar el linaje del hombre solo. Ramón fue siempre joven y su poesía nació para la eternidad. He aquí una de las grandes paradojas del trabajo creador: hay quienes —tocados por el síndrome de Mozart— tempranamente ejercen todo su talento. Otros mantienen ese ritmo creciente a lo largo de una prolongada existencia. Sin embargo, en las primeras creaciones ya están los elementos que llevan a hacer del poeta un inventor de tradición, según el concepto acuñado por Anthony Stanton. Sin las caminatas legendarias del gran Ramón, sin ese soltero que dibuja ochos en el piso de su soledad, no existirían futuras caminatas de nuestras letras desde las escritas bajo ese título por Marco Antonio Campos, por

José Francisco Conde Ortega en *Los lobos viven del viento,* por Claudina Domingo en los versos de caos domado de su libro *Tránsito* o en los titulados, llanamente, *A pie* por Luigi Amara.

Nadie tan solo como el joven. Nadie tan acompañado, aunque lo pueblen ausencias y fantasmas. En el último año de preparatoria, entre otros asistentes, el muchacho que yo era llegaba a escuchar las lecciones de Octavio Paz en este antiguo colegio de la enseñanza, antes de que lo dotara de luz y espacios para otro siglo el arquitecto Teodoro González de León. Al enorme prestigio intelectual de Paz se unía la autoridad moral obtenida por su renuncia a la embajada de la India a raíz de los acontecimientos de 1968. Al extenderle mi ejemplar de *Libertad bajo palabra,* el poeta lo inscribió con generosidad espontánea. Sus palabras, sabias y aladas, me otorgaban fuerza y plenitud inéditas. Cruzaba la plaza mayor, torturado por el verso encontrado en Xavier Villaurrutia "de

ser o no ser realidad", y la certeza de que *la vida está en otra parte.*

Fue la época en que Paz escribió el "Nocturno de San Ildefonso", hecho suyo por todo el que tuvo su segundo y verdadero nacimiento entre los arcos de piedra del antiguo colegio. En ese mundo acotado existió durante muchos años una sola preparatoria, un solo edificio, corazón de la juventud dueña de la vida. De ahí que cuando Paz vuelve al sitio donde poesía, revolución y erotismo integraban una sola trinidad ardiente, escribe las palabras:

> El muchacho que camina por este poema,
> entre San Ildefonso y el Zócalo,
> es el hombre que lo escribe [...].

Paz utiliza el verbo *caminar,* esa poderosa forma de ejercicio espiritual que llevó a los jóvenes Fausto Vega, Rubén Bonifaz Nuño, Jorge Hernández Campos y Ricardo Garibay a recorrer la ciudad de México de los años cuarenta desde el barrio de San

Cosme hasta el de San Ángel, a fortalecer en esas caminatas su soledad, sus lecturas, sus amores. *El joven aquel,* escribe Garibay en la novela donde a partir de su experiencia sintetiza la de aquella juventud:

> 1941 fue el segundo año de preparatoria. Fue puntualmente durante trescientosesentaicinco días el júbilo y el calvario. La escuela se hizo el gozo de vivir y la aridez [...]. Hace frío y yo me cubro apenas con un suéter ralo y no tengo frío, y no he desayunado y no tengo hambre [...].

Cuando se hace del trabajo creador eje principal de la existencia, lecturas obligadas son aquellas que examinan los afanes del joven. Pablo Neruda evoca su fiebre ante las páginas del *Juan Cristóbal* de Romain Rolland; con la misma pasión acudimos a la pregunta sin respuesta en *Los cuadernos de Malte Laurids Brigge* o a las *Cartas a un joven poeta* de Rainer María Rilke; a *El diablo en el cuerpo* de Raymond Radiguet; a *El juguete rabioso* de Roberto Arlt; a *Los niños terribles* de Jean Cocteau.

James Joyce puso todas las cuerdas en su sitio al consagrar su primera novela, desde el título, a la anatomía del joven artista, como también lo hizo Marcel Proust en las páginas de *Jean Santeuil.* Jack London demuestra en *Martin Eden* que el trabajo creador demanda constancia y resistencia contra la estéril lobreguez de uno mismo y sobre todo contra el señuelo que permite distinguir entre éxito y victoria.

El sol incandescente y ejemplar lleva por nombre Arthur Rimbaud, adolescente que al herir mortalmente a la poesía, la hizo más grande y nueva al obligarla a caminar por delante de la acción. Entre otras muchas cosas nos enseñó que el cobarde huye y el valiente abandona. Sólo entonces puede ostentarse el orgulloso título de *El abandonado,* tras dar la media vuelta, soberbia y definitiva. Así es como puede escribir Gilberto Owen:

> Yo, en altamar de cielo,
> estrenando mi cárcel de jamases y siempres.

Dos poetas decisivos para la forja de nuestra moderna tradición dejaron testimonio de su entrada en un dominio incierto y total. Luis Cernuda en "Historial de un libro" y el citado Neruda en las páginas iniciales de sus memorias. Con el título "Infancia y poesía", demuestra la equivalencia de ambos términos. Infancia es poesía porque no hay intermediario entre el milagro y quien lo experimenta. Dice José Emilio Pacheco en estos dos fragmentos de *Jardín de niños,* escritos para el libro-objeto del mismo título con Vicente Rojo:

Pero el niño reinventa las palabras
y todo adquiere un nombre. Verbos actuantes,
muchedumbre de sustantivos. Poder
de doble filo: sirve lo mismo
a la revelación y al encubrimiento.

[...]

Como un poeta azteca o chino,
el niño de dos años se interroga y pregunta:
—¿Adónde van los días que pasan?

La memoria infantil es prueba de la convivencia con un reino donde imaginación y realidad, deseo y consumación carecen de fronteras. Sólo mediante la experiencia es posible la vuelta a la inocencia, al encuentro inicial con el misterio. El nacimiento a la poesía debe tener la fuerza instantánea del relámpago: furia y fulgor al mismo tiempo. Trueno y despertar. La irrupción del prodigio no puede ser ni frágil ni predecible: es hiperbólica, intempestiva y permanente.

El tiempo es enemigo de la eternidad y volvemos a ella mediante la creación: rapto erótico en el sentido más amplio del término: explosión de vida, manifestación espontánea del atisbo a lo absoluto. Jaime Torres Bodet lo sintetiza en sus memorias infantiles: "Un ansia de ser me oprimía el pecho materialmente, como si el corazón me hubiera crecido mientras soñaba". La revelación está dada en los primeros años. Lo siguiente es disciplina y cultivo de la fuerza.

Luis Cernuda expresa la radical metamorfosis: "una de aquellas tardes, sin transición previa, las cosas se me aparecieron como si las viera por vez primera". Un niño mexicano llamado Octavio Paz, vivía una experiencia similar al otro lado del océano:

> Una tarde, al salir corriendo del colegio, me detuve de pronto; me sentí en el centro del mundo. Alcé los ojos y vi, entre dos nubes, un cielo azul abierto, indescifrable, infinito. No supe qué decir: conocí el entusiasmo y, tal vez, la poesía.

La palabra *Juventud* da título a dos novelas. Una publicada por Joseph Conrad en 1898 y otra de J. M. Coetzee aparecida en 2002. Un siglo las separa. El genio de ambos autores las hermana. En el primer caso se trata de un joven de veinte años en su primer viaje marino al Oriente; en el segundo, otro —acaso el mismo— llega a Londres para enfrentarse a la poesía, la ciencia y el amor. Escribe Conrad:

> [...] la sensación de que podría resistir cualquier cosa, vencer al mar, a la tierra y a todos los hombres, ese sentimiento engañoso que hace que nos elevemos a las cimas de las alegrías, hacia los peligros y el amor, hacia la insensatez y la muerte; la convicción de que la fuerza siempre triunfa, de que el calor de la vida se encuentra en un puñado de polvo, ese ímpetu del corazón que cada año se torna un poco más débil, más vago y más frío hasta que acaba pereciendo, pereciendo demasiado pronto, siempre demasiado pronto, antes que la vida misma.

Y Coetzee responde: "Lo que habrá de curarlo, si es que tiene que llegar, es el amor. Puede no creer en Dios pero sí en el amor, en los poderes del amor".

En alguna ocasión, nuestro Francisco Hernández afirmó que no hay droga más poderosa que el amor. Sus palabras se acendran en el acaso más breve y estremecedor poema amoroso de nuestra lengua. Sintagma y paradigma cortan con la misma velocidad y precisión:

amor
taja
dos

Desde las numerosas versiones de la historia de Tristán e Isolda hasta la canción ayer compuesta para acompañar los afanes del día en el transporte público o en la fonda de barrio, el amor es la droga invisible que otorga al mismo tiempo esclavitud y libertad.

En junio de 1980 apareció en el suplemento *Sábado* del periódico *Unomásuno* *Las batallas en el desierto* de José Emilio Pacheco, texto que nació clásico. El tiempo de un niño de la época alemanista se convirtió en patrimonio espiritual de varias generaciones, inclusive de aquella que el día de hoy se inicia en la lectura. No era la primera incursión de José Emilio en el universo infantil. Su inicial libro de cuentos, *El viento distante,* publicado en 1963,

explora el enfrentamiento del niño con los misterios del amor y de la muerte.

En 1988 apareció *Elsinore: un cuaderno* de Salvador Elizondo. Además de otros elementos que hermanan ambos libros, la idea de que lo experimentado con Mariana es un sueño vincula a Pacheco con Elizondo, quien escribe:

> La pasión por una sola mujer nunca es más intensa ni más aparatosa, espiritualmente hablando, que en la adolescencia, mientras es uno todavía capaz de desear tan intensamente sin ninguna esperanza de ser correspondido.

La idea es aún más dramática cuando a sus nueve años el niño Carlos de *Las batallas...* concluye: "el amor es una enfermedad en un mundo en que lo único natural es el odio".

Elizondo inicia su novela con un epígrafe de Ernst Jünger que hace eco a la sentencia de Dante de que nada es peor que recordar tiempos felices en tiempos de dolor. Pero la evocación rescatada por la poesía es prueba de que el pasado está allí, enriquecido y añejado.

¿Qué es ser joven? Si bien la juventud ha sido motor del cambio, como examinan los autores de *Historia de los jóvenes,* bajo la dirección de Giovanni Levi y Jean-Claude Schmitt, el concepto ha variado con el paso de los años. Cuando Sor Juana Inés de la Cruz figura como Décima musa en la edición de 1689 de *Inundación castálida* tiene 38 años de edad y ya es autora de los poemas que continuamos leyendo como si acabaran de ser escritos. Carlos de Sigüenza y Góngora tenía veintitrés años al ver publicado su poema *Primavera Indiana* y 47 al rescatar de las llamas archivos y pinturas del Ayuntamiento. Ya no era un hombre joven para los cánones de ese tiempo pero su actitud es la del joven que entrega todo a cambio de nada; nada a cambio de todo.

Luis Villoro sitúa el uso y la práctica del término *revolución* en el siglo XVIII, cuando surge una nueva actuación de la juventud. E inclusive de la infancia. Los Saint Just y los Gavroche se apoderan de la tribuna

y de la calle, convierten en protagonista a la primera persona. No hay revolucionario que muera en su cama, dice el primero. El segundo demuestra en las barricadas la contundencia de la frase. El romanticismo hereda y consagra esa alteración del tiempo y el espacio. El año 1836, en nuestro mexicano domicilio un grupo de muchachos se reúne para fundar la Academia de Letrán. Uno de ellos dará testimonio escrito de la ceremonia que hacen al constituirse y cómo reciben, escribe textualmente el joven, la visita de un anciano encorvado de nombre Andrés Quintana Roo, quien entonces tenía 48 años de edad. Sin embargo, también le correspondió ser precoz luchador de la Independencia cuando a los diecinueve años era secretario del general José María Morelos. La generación liberal ejerce esa misma capacidad prematura: a los trece años, el huérfano Guillermo Prieto trabaja y vive en palacio nacional, puberto como el niño zapoteca que cruza la sierra de Oaxaca para escapar de la igno-

rancia oprobiosa; Francisco Zarco es a los dieciocho años oficial mayor del entonces ministerio de Relaciones Exteriores. En los escasos periodos que les deja libres la inevitable participación en el servicio público, el campo de batalla o el terreno parlamentario, nuestras plumas encuentran significados duraderos para un país en todos los sentidos despojado. El doctor José María Luis Mora medita sobre las dos edades en este fragmento rescatado por José Luis Martínez: "La juventud impaciente vuela de uno en otro placer [...]. Las ciencias solas son las que nos sirven en todas las épocas de la vida, en todas las situaciones en [las] que podamos encontrarnos".

Las palabras anteriores pertenecen a las *Obras sueltas,* publicadas en 1838, cuando su autor tiene 44 años, pero a los veinticinco había recibido el encargo de redactar el *Semanario político y literario* a la entrada del Ejército Trigarante.

El año del triunfo de la República que el próximo llegará a su sesquicentenario,

el coronel Ignacio Manuel Altamirano tiene 33 años y se siente viejo. Concluida la lucha armada, otras formas de acabamiento amenazan a nuestros poetas: el integrante más joven de la *Revista Moderna* y responsable de su número inicial, José Bernardo Couto, no llegó a los veintiún años de edad. Su personalidad y sus visiones lo hacen un autor cada vez más buscado por nuevos y numerosos lectores. Manuel Gutiérrez Nájera fue un infatigable galeote de la pluma que en su temprana muerte a los 36 años, vio cumplirse la consigna de una estrofa de nuestro patrimonio espiritual, que bien puede vestir el traje de luces del danzón o del bolero, como lo demuestra en sus composiciones Guillermo Zapata o lo estudia en detalle Darío Jaramillo Agudelo:

> Morir, y joven: antes que destruya
> el tiempo aleve la gentil corona;
> cuando la vida dice aún: soy tuya,
> aunque sepamos bien que nos traiciona.

Más cercano a nosotros en tiempo y expresión, López Velarde hace eco a la profecía en él también cumplida:

> Señor, Dios mío: no vayas
> a querer desfigurar
> mi pobre cuerpo, pasajero
> más que la espuma de la mar.

Los jóvenes que fueron algún día lo son toda la vida. Los iniciadores del siglo XX son rebeldes aunque su labor ascendente, constructora e institucional en el tiempo nos lleve a olvidar que alguna vez fueron jóvenes: a esa intensa inconformidad se deben las páginas de *Ulises criollo;* la mutilación que da como resultado la más grande oración paterna de nuestras letras; la antorcha portada por el joven Martín Luis Guzmán en pleno Porfiriato, lo llevará a ser el más alto novelista de su tiempo. Aquella generación incorporó el término *juventud* a su Ateneo, como testimonio de que lo nuevo era un grito de guerra y una forma de reivindicación.

Los movimientos de vanguardia postularon que el mundo naciera con su propia aventura. Una de las fotografías más célebres del Estado Mayor estridentista fue tomada en un patio de Jalapa el año 1925. El más desenfadado de sus caudillos es Arqueles Vela: su indomable cabello le cae sobre la frente, lo amuchacha. A sus veintiséis años, es lo opuesto a un Manuel Maples Arce cuyo atildamiento, porte y engominado evocan las fotografías oficiales con las que Bela Lugosi conquistará su reino de este mundo.

Soberana juventud titulará Manuel Maples Arce a su libro de memorias, aparecido cuando el poeta ha domesticado su fiebre estridentista. No lo acompañaron en esa rendición Arqueles Vela y Germán List Arzubide, fieles hasta la muerte a la heterodoxia de sus años mozos. Lo importante es que el epíteto no sólo exalta al sustantivo *juventud,* autónomo en su desnudez, sino enfatiza la inquietante noticia de esa temporada donde la soberanía se

entiende como el dominio de sí mismo: ser nuestra propia riqueza. Podemos compartirla y quedarnos aparentemente sin ella. Sufrir derrotas que a la larga son las mejores victorias: sólo el tiempo demuestra la magnitud, los beneficios y alcances obtenidos gracias al honor de ser vencido. Juan Rulfo, ese gran creador que todo lo hizo en su juventud, afirmaba que lo más importante del mundo es la tranquilidad. Puede ostentarse ese lujo cuando se está de vuelta de todos los combates, cuando se ha tenido valor para ser arrastrado por la ola de la gran pasión que nos está destinada.

Xavier Villaurrutia lo asentó en frase lapidaria: "Un escritor deja de ser joven cuando comienza a escribir lo que hace, en vez de escribir lo que desea". Su amigo, cómplice y lector Salvador Novo publica en 1928 la novela biográfica titulada *El joven,* de manera llana y provocadora. En su estudio de la calle de Donceles, tras agotar los placeres y los días, ambos poe-

tas buscaban el secreto de su juventud inacabable, cuya posible respuesta se halla en las palabras originalmente articuladas por Michel Butor y trasladadas a nuestro idioma por Frédéric-Yves Jeannet:

> Éramos entonces estudiantes, en el umbral de todo. La ciudad era nuestra pradera y a paso largo la recorríamos sin tregua durante horas, flacos, atormentados, tratando de librarnos de nuestra inocencia como de un dolor de muelas, imaginando que nuestra juventud duraría para siempre, y casi lo lamentábamos.

En una misma generación, los autores tienen distintos procesos creativos. Un ejemplo: Carlos Pellicer y José Gorostiza. Sus pasos infantiles tendrán por escenario las mismas calles y el mismo cielo de San Juan Bautista de Villa Hermosa. Habrán de librar batallas semejantes contra sí mismos y contra la mezquindad de su entorno. Sin embargo, sus armas para el combate perdurable, el de la poesía que vence al tiempo, serán tan diferentes como sus

personalidades. Discreto, interior, de pocas palabras, José Gorostiza; solar, Narciso y desbordante, Carlos Pellicer. Uno traza cuidadosamente en el papel las notas que conformarán su futuro poema sinfónico, consciente de que la poesía es arte de sustracción y reticencia; otro inunda cuadernos y hojas sueltas con versos desbordantes que desde su primer trazo parecen confirmar la existencia de la inspiración, el ángel y el milagro.

En siglos anteriores el promedio cronológico y la calidad de vida eran menores que ahora, pero es preciso tener en cuenta que en la segunda mitad del siglo XX a los 32 años Salvador Elizondo escribe *Farabeuf* para transformar radicalmente las formas de narrar: a los 33, Bonifaz da a la luz *Los demonios y los días:* otorga voz al hombre de la calle y hace entender que los armados son los que nada tienen; a los 31, Juan José Arreola publica *Varia invención,* cuyo título constituye la poética de la feliz promiscuidad genérica; a los

veinticinco, Rosario Castellanos defiende su tesis sobre la educación femenina, la misma edad a la que Jaime Sabines irrumpe con la feroz ternura de su libro *Horal*.

Un día de 1928, un joven poeta vela las armas. Le han sido entregados ejemplares de su primer libro de versos. La ciudad es Sevilla. El poeta, Luis Cernuda. El libro, *Perfil del aire*. Cada nuevo libro es como el primero, pero nada se parece al temblor inicial de sentir el pensamiento transfigurado en letras. Tras haber incidido en el cuerpo del lenguaje, las palabras se incrustan con tinta en la blancura. Guadalajara, enero de 1983. Un poeta de veinticuatro años mira la cubierta de su libro y lee como si fuera de otro el poema que lo inicia:

Es de madrugada,
la lluvia persiste sobre la ciudad
con su danza sigilosa.
Clarea, tú duermes y las nubes
lejos de tu sueño se dispersan.
No despiertes aún,
yo he pasado por ti la noche en blanco.

La ciudad, la mujer y la poesía son una sola creatura a la que Jorge Esquinca se ha mantenido fiel. Con el paso del tiempo el poeta descubre "un diapasón más vasto" y que es necesario

> comenzar por lo que no se ve. Falta reunir las noches de alta fiebre, el celo de la pantera, el casto deseo de la crisálida. Faltan ríos, pantanos, restos de naufragio. Faltan voces, clamores de hospital, el fatigado rumor de las tropas que regresan diezmadas. El reflejo de una hoguera en los escudos, la plegaria del cobarde en el segundo que precede a la batalla, la mueca de traidor, el tabaco liminar del fusilado.

El primer libro es tan misterioso como los caminos de la creación. Nueve años tardó el joven Efraín Huerta en llegar a la edición príncipe de *Los hombres del alba,* en 1944, forja obsesiva y brillantemente estudiada por el joven crítico Emiliano Delgadillo.

No se escribe para los jóvenes pero ellos son los mejores jueces y lectores, los más

proclives a acudir al conjuro del desastre. En 1969 apareció la primera edición de los *Cármenes* de Cayo Valerio Catulo. Rubén Bonifaz Nuño trajo a la modernidad a un poeta que en el siglo I sintetizó en dos versos la condición humana:

> Odio y amo. Por qué lo haga, preguntas acaso.
> No sé. Pero siento que es hecho, y me torturo.

Quienes en esos tiempos nacíamos a los poderes de la poesía, reconocimos la dualidad acendrada en tiempos de pasión. A la exigencia de su traslado a nuestra lengua, el poeta y traductor añadía un estudio introductorio. En este caso se trataba no sólo de iluminaciones sobre la vida y la obra de Catulo, sino de la biografía de una colectividad que vio en la toma de la calle y el nuevo ejercicio de la libertad, una justificación para sus combates. De ahí que las primeras palabras del citado prólogo constituyan una poética generacional:

> Toda juventud es sufrimiento. Asomado al mundo con la plenitud voraz de sus propias herramientas sensuales, el joven, como si hiciera uso de una prerrogativa indudable, pretende apoderarse de él, mediante un esfuerzo inútil de antemano, y fracasa. Y el mundo se le aparece como un mundo de poderes hostiles, y hasta el milagroso placer de un instante, por su brevedad misma, se le vuelve dolor: dolor sin esperanza. Y de nuevo, con acrecentada rabia, se tiende hacia lo que considera, acaso sin saberlo, el objeto último de su vida; y el placer, si no se le entrega, lo lleva a sufrir otra vez; y otra vez lo lleva a sufrir, si se le entrega. Y así siempre, hasta que la misericordia del tiempo lo apacigua con la resignación, con la sabiduría o con la muerte.

De la conclusión del maestro Bonifaz, elijo la palabra *sabiduría*. Sobre ella descansan las ansias sin apagarse; la energía, sin agotarse; la voluntad, sin doblegarse.

Heredero de esa amorosa rabia es un libro que marcó a fuego a mi generación. Me refiero a *El tigre en la casa* de Eduardo Lizalde. Se trata de un libro para jóvenes

porque el tigre es, como cualquier adolescente que se respete, un enorme animal por dentro y fuera, dando golpes de ciego, tirando dentelladas en un mundo donde la vida está pendiente.

Un gran poema, ¿se construye o nos construye? Inicialmente nos destruye al poner en duda todo cuanto antes concebíamos de la creación verbal. Cuando finalmente David Huerta dio a la luz el libro *Incurable,* que en este nuevo siglo seguiremos admirando, leyendo y descifrando, llevaba a la práctica la maximínima escrita por el irreverente y sabio cocodrilo Efraín Huerta:

Sólo
A fuerza
De poesía
Deja uno
De ser
Un poeta
A fuerza

Con todo, hay un instante de peligro que acecha a los creadores. La aparición de

ese muro tiene lugar casi siempre al fin de la primera juventud, cuando se tiene toda la energía pero sobreviene una particular forma de aridez. Aparecen entonces los ángeles de sombra, la escisión cuando el ser que nos contempla en el espejo es un antagonista y el impulso inicial desemboca en un limbo donde el poeta descubre que *se cansa de ser hombre.* Octavio Paz lo resume en el umbral de uno de sus libros seminales, *¿Águila o sol?.* El poeta debe elegir entre el silencio y la palabra:

> Ayer, investido de plenos poderes, escribía con fluidez sobre cualquier hoja disponible: un trozo de cielo, un muro (impávido ante el sol y mis ojos), un prado, otro cuerpo. Todo me servía: la escritura del viento, la de los pájaros, el agua, la piedra. ¡Adolescencia, tierra arada por una idea fija, cuerpo tatuado de imágenes, cicatrices resplandecientes!

Ese ayer puede ser evocado en distintos momentos. Paz lo hace a sus 36 años, cuando aún es joven pero ya hace suya "la pesadumbre de la historia". Por su parte,

Bonifaz lo inscribe en uno de sus libros de madurez, *As de oros:*

> Yo amé, se hace insigne en mi memoria,
> el honor del peligro; el alma
> de gozosas herramientas: nervios
> de espadas, sangre destellando
> por el codo abajo, resquebradas
> corazas. Yo amé los oleajes
> sórdidos de la noche; el viento
> donde enraiza el árbol de los hombres
> y el vuelo sabe a trizas de oro.

El doctor Bonifaz evoca los años de la infancia y adolescencia heroicas del muchacho Rubén, que por fortuna lo acompañaron toda su vida. La congruencia, la lealtad y la victoria sobre uno mismo no son tarea fácil. José Emilio Pacheco lo dijo de manera devastadora:

> Ya somos todo aquello
> contra lo que luchamos a los veinte años.

Y más aún cuando rescató la frase de que la niñez es miserable porque toda la

maldad aún está por delante. José Emilio creía en ambas ideas pero también en esa forma de plenitud que es darse a los otros. Plenitud y no felicidad. La felicidad es para los superficiales, a largo plazo perdedores.

Todo es para mañana y el enemigo nunca deja de estar frente a nosotros, dentro de nosotros. *Yo* es *otro*. Más que un obstáculo, es una *espuela para demorar el viaje,* según demuestra Ernesto Lumbreras. El hombre de hoy tiene más horas de vuelo que el muchacho de ayer: no por eso sabe más. Pero sin la suprema lección del tiempo no podría *pararse a contemplar su estado* y dar cuenta, a través de su propia experiencia, de cumbres y abismos de este mundo.

III

> El muchacho que camina por este poema,
> entre San Ildefonso y el Zócalo,
> es el hombre que lo escribe [...].

¿Cómo se logra la fidelidad a ese muchacho? Una canción de Lennon y McCartney con la cual crecimos varios de los que aquí nos encontramos, se titula *This boy*. Aquí estoy, con mis ansias enteras y mi devoción intacta. Pero la composición también alude a *that boy*. La dualidad del que ama y de quien espera ser amado es también la del adulto que se busca en la incondicional entrega de ese joven, sediento de todo y nunca saciado.

Quienes tenemos el privilegio de estar cíclicamente en el aula contamos con un juez y un defensor infalibles: el alumno que con su ejemplo nos obliga a sentir y pensar doblemente. Obras de jóvenes ya están fundando este siglo XXI y un día próximo, en este mismo recinto estarán los autores de libros decisivos como *Los ingrávidos, Canción de tumba, Mi nombre es Hokusai, Hasta aquí* o *Mudanza*.

Una de las grandes obsesiones de Oscar Wilde era el paso del tiempo. Cada día de su cumpleaños, como forma de exorcis-

mo vestía de *temible luto ceremonioso,* y sentenciaba: "Todos nacemos reyes, y la mayor parte muere en el exilio, como los reyes". De modo natural envejecemos y el mundo es cada día más joven que nosotros. Pero podemos combatir y vencer la soledad o aprender a vivir en ella, con su hermano el silencio. El secreto no es ser joven sino mantener la juventud, la inconformidad ante la idea que no prospera, la frase mal articulada, el proyecto superior al pensamiento.

> A tu vejez solar llego ceñido
> del laurel invisible de ser joven, [...].

Los versos anteriores son de Carlos Pellicer en "La oda a Díaz Mirón". El poeta de treinta años se aproxima a la senectud solar e irradiadora de quien ya vive en la inmortalidad y formula una de sus mejores metáforas. Gracias al trabajo creativo, reverdece "el laurel invisible de ser joven". No la juventud forzada y patética, sino la

juventud acumulada que demuestra Miguel León-Portilla, capaz de planear ahora la traducción de los *huehuetlatolli* inéditos, con la misma sabia pasión con que su joven madurez dio a la luz *Trece poetas del mundo azteca;* la capacidad acendrada en la diaria, libre y siempre nueva llegada al laboratorio, como escribe Ruy Pérez Tamayo en ese pequeño gran libro titulado *Diez razones para ser científico.*

El muchacho que traspasaba el umbral de este Colegio Nacional nunca pensó en estar ante ustedes, muchos años después, en este mismo espacio y en esta circunstancia. Pero siempre ha querido mantenerse fiel a los apetitos e ideales de entonces. Lealtad y gratitud particulares a ese joven talabartero que trabajaba hasta las altas horas, mal nutrido pero alimentado por una luz más invencible que su hambre. Obligación de quienes a la palabra nos debemos es ofrecer visiones panorámicas, desbrozar el camino y hacer más vasto el horizonte.

En la plenitud de sus poderes, Rubén Bonifaz Nuño escribió:

> [...] recuérdame
> tal como fui al cantarte, cuando era
> yo tu voz y tu escudo,
> y estabas sola, y te sirvió mi mano.

Son versos dedicados, naturalmente, a una mujer. Pero también a la poesía, la nación y la tierra, todas verdades femeninas, honradas y enaltecidas en las palabras del poeta. Invoquemos esa bandera para escribir los días por delante. Si logramos hacerlo, se habrá cubierto la mitad del camino.

VICENTE QUIRARTE O LA PASIÓN POR LAS LETRAS...

Eduardo Matos Moctezuma

I. Los motivos, las razones...

Ningún género literario le es ajeno a Vicente Quirarte. Escritor prolífico, lo mismo transita por el campo de la poesía que por el de la narrativa; de igual manera irrumpe con su pluma en la dramaturgia y en el epistolario; seduce al lector con su literatura fantástica y lo lleva a los arcanos de la historia. Pero vayamos por partes. Su producción poética le ha merecido reconocimientos de los más grandes escritores contemporáneos que supieron encontrar, en la flor y el canto de Vicente, las esencias abismales de interiores ocultos que se abren para dar paso al poeta. Los nombres de José Emilio Pacheco, Juan Gelman, Eduardo Lizalde, Francisco Her-

nández, Evodio Escalante y Marco Antonio Campos, este último como presidente del jurado, se unieron para otorgarle por el conjunto de su obra poética el Premio Iberoamericano de Poesía Ramón López Velarde en el año 2011. En palabras de Marco Antonio Campos, en el discurso de entrega del citado premio:

> En sus ensayos sobre López Velarde, Quirarte (se) ha interrogado esencialmente sobre cuatro asuntos: uno, el porqué de las causas de su mito creciente; otro, lo que hay detrás del fantasma de la prima Águeda; un tercero, el poeta más allá de lo cívico que creó en su gran poema una patria tradicional, sencilla y hondamente femenina, y, por último, el Ramón paseante por esas calles que irían desde la avenida Madero hasta la casa donde moró en la avenida Jalisco.[1]

Fue en 1978 cuando apareció su primer libro de poemas: *Teatro sobre el viento armado,* constituido por diversos textos que

[1] Véase Marco Antonio Campos, "Vicente Quirarte y los fantasmas de Ramón López Velarde", *La Jornada,* supl. cult. *Semanal,* núm. 854, México, 17 de julio de 2011.

lo llevaron a recibir el primer premio de la revista *Punto de Partida,* nuestro poeta abre la puerta de la lírica y a ella se entrega totalmente. A éste le siguen muchos más y es así como en los últimos treinta años el Quirarte/poeta crea más de veinte títulos que se han editado tanto en México como en el extranjero. Vayan por delante algunos ejemplos: *Como a veces la vida, Nombre sin aire* y *Esa cosa tan de siempre* publicados por la editorial Pre-Textos de España. En Colombia apareció la antología *Cicatrices de varias geografías,* así como *El cuaderno de Aníbal Egea* y *Enseres para sobrevivir en la ciudad.* Canadá también participa y pone en circulación *Sarabande aux chiens jaunes.* Para quienes no gustan de perderse en búsqueda de libros pueden consultar su obra poética hasta 1999 reunida en la colección Poemas y Ensayos de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) en el año 2000.

Aquí vale la pena resaltar algunos de los premios que sobre su poesía le han si-

do otorgados, aparte del ya mencionado Ramón López Velarde: el Premio Nacional de Poesía Joven de México Francisco González León (hoy Elías Nandino) por *Vencer a la blancura,* publicada en 1982 por Premiá. De ella ha dicho Sandro Cohen:

> En cada poema de *Vencer a la blancura*, Vicente Quirarte se descubre víctima de la misma belleza que persigue sin descanso; los objetos renuncian a su calidad de materia inerte y se transforman en seres desafiantes a los que el poeta se abre incondicionalmente para llegar así a la meta que fatalmente se propone: unirse al fuego, vencerlo, o perecer en la lucha.[2]

Y continúa diciendo:

> La Nada, la Blancura, en este caso, es un Todo irrefrenable que nos tienta y se burla de nosotros, como cualquier *vedette* de las puertas de San Pedro [...]. Toda la vida —y toda la muer-

[2] Sandro Cohen, cuarta de forros a Vicente Quirarte, *Vencer a la blancura,* Premiá, México, 1982.

> te— se juega en ese cilindro de una sola bala: Quirarte acepta el desafío, porque si muere Fénix, renacerá de sus propias llamas amorosas; para el poeta, la vida sin este discrimen es una manera muy lenta de no existir.[3]

El Premio Xavier Villaurrutia le fue entregado en 1991 por su libro *El ángel es vampiro*. ¿Los jurados? Algunos de nuestros más grandes poetas: Rubén Bonifaz Nuño, Alí Chumacero y Ernesto de la Peña. El poeta Eduardo Casar considera que la poesía de Vicente Quirarte "es una de las más bellas armas que se han inventado para luchar por la vida".[4]

Pasemos ahora a su prosa narrativa en la que conjuga la historia y la cotidianidad. Allí están sus textos *Un paraguas y una máquina de coser,* o *Morir todos los días*. Este último es una anatomía donde

[3] *Loc. cit.*

[4] Véase Eduardo Casar, "Introducción", en *Vicente Quirarte,* sel. y nota introductoria de Eduardo Casar, UNAM, México, 1998, Col. Material de Lectura, Serie Poesía Moderna, núm. 198.

los protagonistas dan paso a sus amores como arma que revitaliza pese a las adversidades. La narrativa de Quirarte ha hecho decir a Rubén Bonifaz Nuño:

> La multiplicidad de los recursos y los niveles construyen y enriquecen su estilo, siempre claro y preciso: el diálogo, el monólogo, la reflexión solitaria, el género epistolar, las distintas personas gramaticales para el narrador, se suceden y se combinan de un continuo aumentando su interés que en ningún caso disminuye y que se puebla a cada paso de nuevos sentidos. El lector de estos cuentos, huésped del mundo evocado por su autor, se le entrega sin trabajo, porque se siente que no lo está engañando.[5]

Amante de la Ciudad de México, Vicente penetra en ella y recorre sus calles para darnos su *Elogio de la calle. Biografía literaria de la Ciudad de México, 1850-1992* o los ensayos que forman *Amor de*

[5] Véase Rubén Bonifaz Nuño, cuarta de forros a Vicente Quirarte, *El amor que destruye lo que inventa,* UAM-A, México, 1998, Col. Biblioteca de Ciencias Sociales y Humanidades.

ciudad grande. Fue un privilegio para mí participar junto con Vicente y Ángeles González Gamio en los recorridos citadinos que dieron por resultado el libro *1554 México 2012*, en donde volvimos a transitar por las viejas calles del centro de nuestra ciudad, al igual que lo hicieran siglos atrás aquellos tres personajes —Zamora, Zuazo y Alfaro— surgidos de la mente de nuestro primer cronista, Francisco Cervantes de Salazar. Debido a su pasión por la capital del país, Vicente fue invitado a formar parte del Consejo de la Crónica de la Ciudad de México.

La literatura fantástica no pasa desapercibida para nuestro autor. Allí está su tratado *Sintaxis del vampiro. Una aproximación a su historia natural* o los ensayos que conforman *Del monstruo considerado como una de las bellas artes.* También nos ha dado, junto con Bernardo Esquinca, *Ciudad fantasma. Relato fantástico de la Ciudad de México (XIX-XXI)* y actualmente se encuentra en prensa el libro *Vampi-*

ros de esta lengua donde se reúnen varios escritos originalmente en español, desde el siglo XVIII hasta el día de hoy.

Más recientemente, Quirarte nos entrega su ensayo autobiográfico *La invencible,* en donde reconstruye el diario devenir y los trabajos del historiador Martín Quirarte. De esta obra señala Claudio Isaac:

> *La invencible* es una pieza trazada con extrema precisión, de una delicadeza espiritual que invade al lector y lo deja plegado ante lo que tiene por decir sobre el personaje y su circunstancia. La respiración del libro posee un compás poderoso y a pesar de la contención que el autor mantiene en cada pasaje no es raro conmoverse hasta las lágrimas, no sólo por la invocación de la figura del padre sino la del amor mismo como escritor. La lectura deja un aire de satisfacción y reflexión sosegada.[6]

A lo anterior hay que añadir lo que dice Eusebio Ruvalcaba: "más que un texto literario, es un organismo vivo y trémulo".

[6] Texto que envió Claudio Isaac al autor en un correo electrónico.

Por otra parte, el Quirarte dramaturgo nos regala obras que han sido puestas en escena como es el caso de *El fantasma del Hotel Alsace. Los últimos días de Oscar Wilde,* con 130 representaciones además de obtener el Premio de Dramaturgia Sergio Magaña para autor nacional. Otras obras son *Relato de la joven monstruo; Mary Shelley y compañía,* y *Hay mucho de Penélope en Ulises.* En 2015 publicó *Melville en Mazatlán,* obra en un acto que se tradujo en 42 representaciones y en la que el diálogo se da entre los dos Melville. De esto nos dice el autor:

> Siempre me ha atraído el tema del doble, presente en la tradición occidental desde Cástor y Pólux hasta Henry Jekyll y Edward Hyde, desde el nahual de los antiguos mexicanos hasta *Jano es una muchacha* de Rodolfo Usigli. El *doppelgänger,* la conciencia de que yo es otro, como nos enseñó Rimbaud, se halla sutilmente en el trabajo del propio Melville, de modo particular en su *Moby Dick* y en *Bartleby,* algunos de

cuyos fragmentos tienen actuación importante en la pieza que escribí.[7]

No puedo pasar por alto el dato histórico y la interpretación artística en trabajos que se refieren a Ignacio Manuel Altamirano, Guillermo Prieto y Francisco Zarco. El estudio crítico de autores mexicanos está compilado en los volúmenes *Peces del aire altísimo. Poesía y poetas en México* y *Los días del maestro*. La relación entre historia y literatura ha quedado plasmada en el libro *Vergüenza de los héroes. Armas y letras de la guerra entre México y Estados Unidos*.

El tiempo me impide extenderme más acerca de la obra escrita, ya en verso, ya en prosa, de Vicente Quirarte. Sólo añadiré que tiene 64 libros de su autoría y 150 artículos diversos, a lo que habría que añadir la dirección que ha tenido de varias colecciones que aún siguen dando publi-

[7] Vicente Quirarte, "Hojas de un cuaderno de bitácora", en *Melville en Mazatlán*, Ardiente Paciencia, México, 2015.

caciones de temas relevantes de diferentes autores. A ello habría que sumar su labor docente tanto en México como en el extranjero además de buen número de conferencias dictadas en varios países.

La rica y variada producción literaria del autor llevó a distinguidos hombres de letras a galardonarlo con reconocimientos como los ya mencionados. Ellos supieron encontrar en su lírica y en su prosa los valores de calidad necesarios para considerarlo como uno de los más destacados escritores de nuestro tiempo. Todo lo anterior fue razón suficiente para que Vicente Quirarte fuera elegido como miembro de El Colegio Nacional.

II. El laurel invisible

Ingresa Vicente Quirarte a El Colegio Nacional por la calle de Donceles, la calle de los jóvenes, con este título que nos recuerda al gran poeta que fue —y sigue

siendo— Carlos Pellicer. El tabasqueño fue formado por la selva, los ríos y el calor de su tierra natal. Siempre joven, Carlos, a quien conocí por su poesía y en lo personal, parecía siempre alegre, crítico de los poderosos y eternamente jovial. Su canto a Díaz Mirón podría bien tratarse de una mirada sobre sí mismo:

> A tu vejez solar llego ceñido
> del laurel invisible de ser joven, [...].

Hay quienes permanecen jóvenes y el tiempo no pasa en ellos y hay quienes buscan el elixir de la eterna juventud y nunca la encuentran. Ya mencioné a Pellicer en el caso del primero y recordemos a Dorian Gray empeñado en mantener su juventud que finalmente se convierte en tragedia en la pluma de Oscar Wilde...

Quirarte nos brinda en su discurso de ingreso no aquella inútil batalla contra el tiempo, sino la precocidad de jóvenes autores cuyo poder creativo se manifestó

desde tempranos momentos y, pasado el tiempo, conservaron su espíritu joven. Comienza por recordarnos a Rainer María Rilke con las *Cartas a un joven poeta*. Es precisamente en estas *Cartas* donde el autor de las *Elegías de Duino* nos habla de los jóvenes y de la soledad, y Vicente nos dice: "Nadie tan solo como el joven. Nadie tan acompañado, aunque lo pueblen ausencias y fantasmas". El mismo Quirarte nos advierte, siguiendo a Baudelaire: "la poesía es infancia recuperada". No puedo, ni debo, extenderme más en lo que ya hemos escuchado de manera clara en boca de Vicente Quirarte, a quien incluiría como el eterno joven que a los veinticinco años publica su primera obra poética.

Cuando me correspondió dar la bienvenida en este recinto a Juan Villoro, pregunté: ¿qué hace un arqueólogo respondiendo a un literato? A los arqueólogos y a los poetas, querido Vicente, nos es dado el poder de buscar en el tiempo y encontrar lo que fue. En mi libro *El rostro de la*

muerte en el México prehispánico expresé en algún momento:

> Vamos a emprender un viaje al Mictlan, al mundo de los muertos. Tales viajes sólo les están reservados a seres privilegiados, y no dudo que el lector lo sea. Recordemos cómo Odiseo, después de la guerra de Troya, se embarca y entre las muchas peripecias de su viaje de regreso llega al Hades tenebroso, lugar de los muertos. Dante, a través de la poesía, viajó al infierno cristiano acompañado de Virgilio. Cristo bajó a los infiernos y resucitó entre los muertos según lo señala el Credo, y Quetzalcóatl alcanzó también el privilegio de ir al lugar de los muertos en el mundo prehispánico. Sólo aquellos seres investidos de un carácter de héroes o sagrados —y el poeta lo es— logran traspasar la tenue cortina que separa lo vivo de lo muerto, pero nadie más. El viaje que hoy emprendemos nos permitirá dos cosas: remontarnos varios siglos atrás en esa moderna máquina del tiempo que es la arqueología, pues al arqueólogo también le es dado recuperar el tiempo ido por medio de las excavaciones y, además, llegar al mundo de los muertos, en donde encontraremos los

rostros que fueron y que nos ven, con ojos pétreos, a través del tiempo mismo [...].[8]

Como se ve, no hay distancia entre el poeta creador y quienes andamos en busca del tiempo perdido... Tu pluma traza el devenir del presente con base en el pasado; nosotros, los arqueólogos, buscamos el pasado para transportarlo al presente. Se trata, simplemente, de dos formas de ver el tiempo...

Querido Vicente:

Hoy traspasas el umbral de esta Casa a la que han pertenecido muchos de aquellos que de la palabra han hecho su razón de ser. Estas paredes han sido testigo de las andanzas de quienes te precedieron en El Colegio Nacional. Ahora te toca a ti tomar la estafeta y emprender el camino que

[8] Véase Eduardo Matos Moctezuma, *El rostro de la muerte en el México prehispánico,* García Valadés Editores, México, 1987, p. 7.

se extiende amplio, generoso, en espera de tu decir. Ingresas por sobrados méritos y tus palabras han llenado este espacio. Corresponde ahora a nuestra institución hacer que esas palabras salgan de este recinto y recorran las calles para llegar, finalmente, a la conciencia de los hombres...

ÍNDICE

Palabras de salutación
Manuel Peimbert Sierra 7

El laurel invisible. Discurso
de ingreso a El Colegio Nacional
Vicente Quirarte 13

Vicente Quirarte o la pasión
por las letras... Respuesta al discurso
de ingreso de Vicente Quirarte como
miembro de El Colegio Nacional
Eduardo Matos Moctezuma 55

El laurel invisible se terminó de imprimir en el mes de abril de 2016 en los talleres de Cromo Editores, S. A. de C. V., Miravalle 703, Col. Portales, C. P. 03300, Ciudad de México. En su composición se usó tipo Garamond 12:14, 10:12 puntos. La edición consta de 500 ejemplares. Dirección editorial: Alejandro Cruz Atienza. Coordinación editorial: María Elena Ávila Urbina. Formación: Sandra Gina Castañeda Flores. Corrección y cuidado editorial: Jorge Sánchez y Gándara. Fotografía y diseño de portada: Gerardo Márquez Lemus.

LIBERTAD POR EL SABER